

2.

La mañana es soleada. Salimos a comprar algo para desayunar. Hasta entonces nos damos cuenta de que seguimos en la ciudad de Puebla, creímos que estábamos lejos, en el campo, pero no. En la carretera hay peseros. Amozoc es uno de esos pueblos que la ciudad se está tragando. Por eso pasó un taxi en la noche. En una tienda compramos pan, leche y refrescos. Decidimos irnos inmediatamente a pedir aventón. Intentamos hacer un plano a partir de los fragmentos que recordábamos de la noche anterior y, basándonos en él, tomamos un pesero para que nos acerque a la caseta, pero nos deja por lo menos a un kilómetro de distancia. Conforme nos acercamos a la autopista, empezamos a sentir adrenalina y a caminar aprisa. Es una sensación parecida a cuando vas en la pista antes de que despegue el avión, un preludio del viaje. Al acercarnos a la caseta reconocemos el deshuesadero donde Tomás quería que durmiéramos.

--Aquí le pregunté al de la bicicleta ¿no?

--Creo que sí.

--Sí, ahí se ve ya la autopista, subiendo ese puente blanco.

--¡Qué pinche calor hace! Ojalá ya estuviéramos en el mar.

--Yo sí me quiero broncear, a ver si no hay norte cuando lleguemos a Veracruz.

--¿Crees que lleguemos pronto a Jalapa?

--Si nos va bien, a las cinco estamos allá.

¿Viste el rojo? ¡Putá madre, qué color! - nakedbeats

--¿Y qué vamos a hacer hoy? ¿Crees que tu vieja saque el reventón?

--Con que nos quedemos en su casa... si no, vamos a tener que conseguir dónde quedarnos.

--¿Con tu abuelo no se puede?

--No, no creo que se pueda. La última vez se encabronó por que le pedí lana, y como somos cuatro no creo que le caiga muy bien la idea de que nos quedemos con él.

--¿Y con tu tía?

--No, pus menos cabrón, su esposo es muy mamón.

--Entonces sí necesitamos a tu vieja, ¿quedaste en hablarle?

--Llegando a Jalapa le hablo para ver qué pedo.

--Nicolás, espérate güey --Nicolás se adelanta con Germán y ya suben hacia la autopista.

--Oigan, güeyes, hay un chingo de gente pidiendo aventón, ¿qué hacemos? --grita Germán.

--¿Qué?, ¿hay mucha gente?, no manches.

--Pues como diez.

--¿De dónde habrán salido?

--Hay que ponernos adelante para ver si conseguimos más pronto.

No han pasado ni veinte minutos cuando se para una pick-up blanca. Es pocamadre ver que un carro responde y se para veinte o treinta metros adelante, correr hacia él y en chinga treparse; subir al raid es algo inolvidable. Mientras nos alejamos, con la mano nos despedimos de la gente que pide aventón. El viento en la cara, el pelo totalmente enredado. Este raid no dura mucho, pues la camioneta va rumbo a Córdoba. Nos deja en el entronque con la carretera a Jalapa.

¿Viste el rojo? ¡Putá madre, qué color! - nakedbeats

Después de un buen rato de pedir ahí sin que se pare nadie decidimos caminar para encontrar un mejor lugar (no todos los lugares son buenos para pedir aventón, hay lugares donde no te ven o donde no se paran, siempre es mejor una gasolinera, un tope, una caseta; una vez regresando de Oaxaca por Acapulco tardamos, de Acapulco al D.F., más de 12 horas porque esa carretera no se presta para nada, todos van a 150 km/h). Vemos un entronque donde hay algunas fonditas y decidimos parar ahí. Germán se pone a dibujar una refaccionaria que está enfrente de donde pedimos. Tomás y Nicolás deciden comprar una caguama. Germán y yo nos quedamos haciendo una escultura con un tenedor retorcido y sobras de refacciones, bujías viejas y cosas por el estilo. Después nos movemos a un parador donde venden pollos rostizados, aunque ya son como las tres de la tarde sólo nos tomamos un refresco y, eso sí, a petición de Nicolás, compramos un pescuezo de pollo para un perro que se nos juntó.

Paréntesis uno. Proyección. Nicolás

Un día Nicolás despertaría un poco más animado que los días anteriores. Quizá porque los días anteriores habían sido una verdadera pesadilla. Para entonces se habría mudado a Querétaro, pero algo muy oscuro y pesado lo acompañaría desde el D.F.

Dos meses antes a Nicolás le sucedería algo horrible: una fuerza incontenible lo impulsaría a tomar veneno para hormigas en polvo que acompañaría con más de 10 cortadas profundas en los brazos y una en el cuello (no le atinaría a la vena del cuello y eso lo salvaría) hasta que lo

encontraría inconsciente su mamá, en medio de un charco de sangre.

Pero ese día pintaría bien, al principio. Nicolás saldría a buscar trabajo. Poco antes Nicolás habría trabajado de ayudante de carpintero, de vendedor, de músico en bares... sin acomodarse en ninguno. Nicolás sentiría unas ansias que crecerían inconteniblemente, arrasando con pensamientos, voluntad, ilusiones; un no-soy-parte-del-mundo que lo orillaría hacia un abismo demasiado abstracto.

Al caminar, la fuerza (así la llamaría él) lo dominaría otra vez, lo sacudiría, quemando (o algo peor) por dentro, hasta que sucedería: de pronto tendría la certeza de que todo valdría madre, definitivamente ese día pasaría.

Trataría de controlar la fuerza con la poca voluntad que tendría, apuraría el paso y recorrería calles y calles, avenidas, calles y más calles; las cosas pronto ya no estarían en el plano de la "normalidad", se habrían proyectado mucho más allá. Caminando y llorando cabrón su cuerpo se defendería e intentaría luchar contra la fuerza, pero la fuerza ya se habría apoderado de él.

Llegaría a una de las calles del centro de Querétaro, angostas pero muy transitadas. Se notaría, por su balanceo en la orilla de la banqueta, que luchaba por no aventarse a los automóviles. Unos lo esquivarían, otros lo rozarían, todos tocarían el claxon. Sería tan notorio el estado que se le acercaría un policía. Le ofrecería ayuda. Nicolás la aceptaría: una parte de él necesitaría mucha ayuda.

El policía lo llevaría a un centro de asistencia psicológica donde, al darse cuenta de la gravedad (Nicolás se escondería bajo los escritorios y en los rincones de las

habitaciones, intentando escapar de la fuerza) decidirían trasladarlo a un hospital y le avisarían a sus padres. En poco tiempo, su mamá lo llevaría al Hospital General, donde lo internarían de inmediato. Al llegar le pondrían un fuerte sedante, pero no surtiría ningún efecto. Nicolás comprendería que las cosas empeorarían notablemente, que no podría escapar de lo que sentía y además permanecería encerrado, sin poder hacer nada contra ello. Así que decidiría fingir, para salir y enfrentarlo, entregando su propia vida. Fingiría estar más tranquilo, fingiría ante los médicos y ante su mamá de modo tal que tuviera oportunidad de llegar a la calle y resolver por fin todo. Le dirían:

--¿Estás seguro de que estás bien?

--Sí, estoy bien, mejor --respondería.

--¿No sería mejor que permanecieras unos días aquí? Los doctores tienen lo que necesitas --a Nicolás esto último le parecería una burla.

--No, mamá. Estoy mejor, quiero irme a la casa. Estoy cansado.

--Si es así, creo que puede llevárselo señora --el médico pensaría que la crisis habría pasado-- y continuar con un tratamiento que no debe interrumpirse. ¿Ha estado bajo tratamiento psiquiátrico anteriormente?

--Sí, psicológico y psiquiátrico, aunque por una u otra razón no se ha continuado.

--Es muy importante que lo lleve al pie de la letra, de otra forma sólo se agravará más --Nicolás entendería por fin que no tenía remedio, nada le había funcionado. Añoraría su vida en la ciudad, los amigos, las chavas, todo lo que le habría sido arrebatado de repente. Todo eso no regresaría.

¿Viste el rojo? ¡Putá madre, qué color! - nakedbeats

No, no habría escapatoria. Estaría claro. Todo debería terminar.

La mamá de Nicolás firmaría unos papeles para que pudieran darlo de Alta, y ésa sería la oportunidad. Afuera habría un puente peatonal sobre el Boulevard 5 de febrero, sólo tendría que llegar hasta ahí. Él sabría que sólo tendría unos pocos segundos para acabar con todo así que saldría corriendo, impulsado por una fuerza desconocida, sabiendo que lo seguían de cerca, pero sin voltear hacia atrás. Escalaría el puente y vería venir un camión de carga, se sujetaría del barandal con un brazo para impulsarse y saltaría, arrojando su vida con un fuerte grito e impactándose en el cemento. Luego, despertaría rodeado de doctores que le levantarían la mitad de la cara que parecería un deforme y rojo trozo de carne.

Fin del paréntesis uno.

--Qué vamos a hacer, ya son casi las cuatro y no conseguimos aventón --Germán, a diferencia de los demás, está preocupado.

--Tenemos que quedarnos aquí para seguir pidiendo, no es posible que pasemos otra noche aquí.

--Imagínate, no sería muy chingón.

--Ya, vámonos a la carretera.

Poco después un Jetta se para y nos dice que puede llevarnos hasta Perote. La carretera muestra paisajes sorprendentes, combinaciones de sombras sobre el campo, colores secos y luego colores vivos, tierras de todo tipo. Tomás, Nicolás y Germán van dormidos en el asiento de atrás. Yo platico con el chofer. Es consejero del PRI, ya dos

¿Viste el rojo? ¡Putá madre, qué color! - nakedbeats

priístas nos han dado aventón desde México, primero el diputado y ahora éste. Él habla náhuatl, así que platicamos de las clases que tomo en la Universidad, de repente reconozco el significado de alguna palabra de las que me enseña. En algunos tramos leo pero, como me da sueño, opto por fumarme un cigarro y mejor seguir la plática. Otra de las cosas en esto de los viajes de aventón es que a veces la gente que te lleva te enriquece, una vez conocí a Cabeza de Vaca, el dirigente estudiantil del 68, que me dio un raid del D.F. a Querétaro. Esa vez yo llevaba a un cuate francés que tenía mucho interés en conocer el viaje de aventón, y nos fue chido. El dirigente ahora se dedicaba a los verificentros pero fue pocamadre platicar con alguien que vivió esa época, que no se guardaba nada, que nos contaba lo cabrón que fue eso de pasar de los libros a las pistolas, de las marchas a los plomazos. El raid de repente te da mucho.

Así que platico con el chofer, me parece que aunque tiene una vida solitaria, pues ve muy poco a su familia por andar viajando, es un señor tranquilo, fuerte, eso se nota detrás de la charla.

Nos deja en Perote, ya sólo nos falta una hora y llegaremos a Jalapa, son más o menos las seis y media de la tarde. Buscamos una tiendita para comer algo y seguir el aventón.

--Hay que comprar jamón, unas galletas, unas "doraditas" y un refresco ¿no? --dice Nicolás.

--¿Algo más, cabrón? --responde Tomás.

--Hay que guardar el varo, ya casi no tenemos y todavía quedan tres días, bueno ya casi dos.

--Oigan güeyes, ¿sí vamos a ir a Veracruz?

¿Viste el rojo? ¡Putá madre, qué color! - nakedbeats

--No sé, ojalá que nos dé tiempo.

--Si vamos, ¿cuándo nos vamos?

--Mañana, ni modo que el domingo. El domingo tenemos que estar de regreso en México.

--¿Por qué no nos quedamos en Jalapa mañana y ya no vamos a Veracruz? --dice Tomás-- va a estar un poco cabrón y ni lo vamos a disfrutar bien.

--Ya veremos, depende de cómo nos vaya. Ojalá que sí lleguemos a Veracruz, yo tengo muchas ganas de estar ahí. ¿Te acuerdas que el miércoles de la semana pasada te conté que soñé con Veracruz? Cuando me desperté dudé en irme en ese mismo instante, pero era imposible. Hasta escribí un poema de la sal que tenía en la boca esa mañana. Ojalá que sí lleguemos a Veracruz.

--A ver cómo está el pedo en Jalapa, si está muy chido nos quedamos. Si no, nos vamos temprano.

--Oye, esos güeyes ya están tragando. ¡Pinches lacras, móchense!

En los walkman escucho a Silvio Rodríguez. Me recuerda los cafés de Jalapa, el ritmo con que funciona allá la vida. Ya sólo falta una hora para llegar, es tarde y empieza a lloviznar. Estoy seguro de que alguien nos llevará pronto. El permanecer junto a la carretera, con la lluvia que apenas comienza, te mueve. En un ratito se esconde Perote detrás de la bruma, los árboles enseñan una parte de sí, que cuando no llueve se esconde misteriosamente detrás de los colores. Poco a poco, los tonos de verde se mezclan en una gota de lluvia que cae y que repentinamente transforma su color de hierba en tierra. La lluvia se pierde en el asfalto y sigue su movimiento formando ríos que van siguiendo el camino. Cuando

¿Viste el rojo? ¡Putá madre, qué color! - nakedbeats

caminas bajo la lluvia dejas algo de ti que no se lleva el aire. La esencia surge, se vuelve más clara, huele más.

--Oye cabrón, nadie nos quiere llevar. Si no nos dan aventón pronto, nos vamos a quedar aquí en la noche y adiós reventón en Jalapa.

--Nel, en todo caso tomamos un camión. Por cierto, ¿por qué no vamos a ver cuánto cuestan los boletos?

--¿A poco esa pinche casita de ahí es la terminal?

--Pinches tus poemas. ¿Qué tiene de fea?

--Entonces no, güey, es un puto palacio.

--¡Ya cabrones! Dejen de estar diciendo mamadas. ¿Quién se lanza a preguntar?

--Vamos --dice Nicolás--, ¿quién me acompaña?

Los boletos cuestan diez pesos. Preferimos decirle al chofer de algún camión que nos lleve a los cuatro por quince pesos y un disco. Yo no traje dinero, pero sí algunos discos para cambiarlos cuando hiciera falta. Y, como seguramente nos iba a faltar, lo mejor era empezar dándolos en el camión.

--Ya en el próximo que venga nos vamos.

--¿Quién le dice al chofer que no traemos varo?

--Tú, Pablo. Eres el que tiene cara de más buena gente, igual y a ti te dice que sí.

--No, no manches, a mí me da pena.

--Entonces tú Germán, tú tienes el poder de la palabra.

--No seas mamón. Mejor por qué no tú y el Tomás.

--Porque ve cómo andamos.

--Pues ahí está, quien quita y le dan lástima y les dice que sí.

--Ya, quien sea, pero pronto. Ahí viene el camión.

¿Viste el rojo? ¡Putá madre, qué color! - nakedbeats

--Yo ya le hice la parada, ustedes díganle.

--Tú, pinche Pablo.

--Bueno va, yo le digo.

--Oye, disculpa, ¿no nos podrías llevar? Es que se nos acabó la lana del pasaje. Nada más tenemos quince varos y un disco.

--Pásenle.

--¡Órale, súbanse!

En el camión hay pocos lugares, por lo que nos sentamos separados. La carretera, desde Perote hasta Jalapa, está cubierta de una espesa neblina. El camión avanza muy despacio, en medio de una total oscuridad, por dentro y por fuera. Atrás, Nicolás y Germán escuchan U2. Nicolás recuerda algo de sus años de secundaria, lo sé por su cara cuando se enciende la luz para hacer alguna parada. A este paso vamos a llegar dentro de dos horas a Jalapa. Pero ya no importa, estamos a punto de llegar.

Tomás verá a Ana, creo que hace un año se enamoró de ella. La conocimos juntos. Él esperaba a otra amiga en "la Guarida", un lugar que frecuentaba desde hace dos años. Entonces se la presentaron. Por el modo de mirarla supe que quería algo con ella. Saliendo del lugar me lo dijo: al otro día tenía una cita con ella en un museo. Desde entonces ha estado súper enamorado de ella, y ella otro tanto de él, pero de un modo un poco diferente. Este "poco diferente" iba a marcar una gran diferencia entre él y ella, una distancia por la que yo no puedo comprender de dónde ha salido un amor tan raro, no muy correspondido. Quizá todo el amor es de él, que se enamoró más de ella.

Paréntesis dos. Proyección. Tomás

Tomás amaría a Tania porque ella sería todo lo que él había soñado. Hermosa y liviana. Un día que no tendría nada que hacer y que, como en la canción, “el amor estaría en el aire”, él le hablaría y la invitaría a salir. Ella accedería y desde entonces vivirían el primer encuentro con el amor en cuanto “amor”. Se entregarían plenamente para conocer hasta el fondo una relación de pareja. Para ello planearían algunos viajes (físicos y espirituales): a la sierra de Oaxaca, en un pueblito llamado San José del Pacífico, a probar el opio y la heroína; a la playa; al desierto.

El consumo de drogas (suaves o duras) se volvería parte de la vida de Tomás, y poco a poco también de la de Tania. Ella sería todo lo que ninguna otra de sus otras chavas: unas, amores platónicos; otras, sin entrega. La relación con Tania tendría todo.

El viaje al desierto les prometería mucho, más que un viaje físico, sería un viaje espiritual, y especial, porque entre ellos habría una conexión a ese nivel.

Tomás y Tania tomarían el tren a Wadley, un pueblito olvidado ubicado al Oeste de la Sierra de Catorce, en San Luis Potosí. En el pueblo se prepararían para internarse en el desierto, para encontrar peyote e iniciar el viaje. Tardarían unas horas en una larga caminata hasta que al fin verían el cactus. Tomás prepararía una ofrenda y dispondría los gajos de manera especial, para comerlos mirando al norte y al sur, al este y al oeste. Ambos comerían pero el efecto no sería el esperado. Algo sucedería en Tania, que

notablemente confundida, se quitaría la ropa y se alejaría del lugar en dirección al pueblo. Tomás no podría detenerla. Las dudas se agolparían en su mente.

Tomás no se imaginaría que en ese momento se rompería algo más que una relación; que él tendría que regresar a México solo pues, aunque la buscaría nunca nadie le daría ni siquiera pistas ni datos; que el tío de Tania (militar) le hablaría para amenazarlo y advertirle que se alejara de ella, diciendo que le había causado mucho daño; tampoco se imaginaría que cuando apareciera Tania tendría huellas en las muñecas que supondrían que habría sido amarrada y encerrada en algún lugar; que él cargaría con aquello durante mucho tiempo y que eso sería algo por lo que él se hundiría hasta el infierno... nada de esto se imaginaría Tomás al verla alejarse desnuda. Él treparía a un árbol a mirar el sol —más rojo que nunca— desaparecer por el horizonte, a esperar que el viento del ocaso se llevara su alma entre los millares de cactus, yucas, gobernadoras y piedras que forman la inmensa soledad del desierto.

Fin del paréntesis dos.

Al principio, las casas en Jalapa forman pueblitos; conforme baja la carretera uno se da cuenta que ya está entrando a la ciudad. Poco después aparecen las luces, las plazas y la gente. Jalapa es un lugar sin mucha gente en las calles. Aunque es la capital de Veracruz nunca se puede comparar el ambiente con el del puerto. Hoy está lloviendo un poco --típico--, la noche lluviosa de Jalapa tiene mucha

¿Viste el rojo? ¡Putá madre, qué color! - nakedbeats

neblina, desde la carretera hasta la calle, un velo blanco cubre las casas. Así los ojos no pueden ver más allá y todo tiene un halo amarillo, volátil. Las siluetas dejan de ser sólidas, lo único tangible es el aire en la piel, la espalda mojada y los pantalones húmedos. Abro la ventana para sentir el viento frío un poco antes de llegar a la central camionera. Tomás se sienta junto a mí.

--¿Vamos a hablarle a Ana?

--Sí, eso es lo primero que hay que hacer llegando a la central.

--¿Y lo segundo?

--Esperamos a ver qué nos dice. Mientras podemos comprar un peine, un rastrillo y una pasta de dientes, para que nos vea limpios.

--¡Qué galán! Oye, ¿y si no está en su casa o algo?

--Entonces vamos a "la Guarida" y buscamos dónde quedarnos a dormir.

--¿Crees que esté cagado?

--Sí, no creo que haya pedo.

--Ya despierta a esos huevones y diles que se bajen, se van a ir hasta Veracruz.

--¡Huevones, ya llegamos!

En el baño de la central nos arreglamos un poco, Tomás aparece diciendo que veremos a su vieja en media hora. Tenemos que apurarnos. Nicolás no se termina de rasurar, a pesar de que todos lo estamos apurando, parece que se hace pendejo.

--Güey, ya, no mames, que Tomás no va a ver a su vieja.

--Ya, ahorita voy, estoy acabando.

¿Viste el rojo? ¡Putá madre, qué color! - nakedbeats

--Pero pus ya, ¿no?

--¡Cómo chingan! Ya voy.

Tomás, que tenía mucha prisa, hace que tomemos un taxi hasta la plaza. La buscamos pero todavía no ha llegado. Como de costumbre, todas las viejas son impuntuales. Caminamos hasta el mirador que está en la plaza central. Desde ahí se ve toda la ciudad. Las luces de las casas perdidas en la niebla, las nubes que bajan el cielo. Un mágico cielo, entre azul y morado, una lluviecita sin pedos. ¡Qué chingón momento!, tanto, que Germán y yo nos fumamos el último toque que traíamos. Entonces aparece Ana.